

Una escapada de la realidad

Amanecía y los primeros rayos de sol se colaban entre las frondosas copas de los árboles. Una chica rubia de unos veinticinco años, dormía plácidamente acurrucada a los pies de un majestuoso pino. De repente un disparo surcó el cielo y el estruendo provocó una desbandada de pájaros que despavoridos levantaron su vuelo quebrando así el silencio del bosque. Ángela despertó sobresaltada, sabía lo que aquel disparo significaba, tenía el presentimiento de que tenía que huir, sentía el peligro en su interior, la caza continuaba.

Asustada se levantó rápidamente mirando a su alrededor, sintiendo el miedo, su piel se erizó y comenzó a correr, rápido, cada vez más rápido, sintió terribles punzadas de dolor en unos músculos adormecidos aún, se cansaría sí, pero su vida dependía de su huida y se concentró en su carrera.

No sabía cuánto tiempo llevaba corriendo cuando de repente tropezó, seguramente debido al cansancio acumulado. Cayó rodando ladera abajo, consiguió parar después de chocar con el tronco de un árbol y decidió esperar hasta recobrar el aliento y poder respirar con normalidad. De nuevo un segundo disparo desgarró el silencio de la noche, sintió helados su corazón y sus piernas, estaba inmovilizada, aquel ensordecedor ruido sonaba cerca, demasiado cerca, casi podía oler la presencia de su cazador. Con apenas fuerzas consiguió ponerse en pie, pero su cuerpo no respondía en parte al cansancio de la carrera, en parte al miedo que imparable recorría cada uno de sus músculos. En un impreciso instante notó un susurro a su espalda que le recordaba que no podía escapar de su destino.

Notaba su mirada clavada en la nunca, temía darse la vuelta, no sabía lo que iba a encontrarse. Empezó a girar lentamente sobre sí misma y ante ella apareció una figura de estatura media, vestida con una túnica vieja y raída que ocultaba su rostro gracias a la capucha que llevaba puesta. En la mano portaba una escopeta larga de dos cañones que apuntaban directamente a su pecho, su dedo en el gatillo, aspecto amenazante. Ángela sentía que, a un mínimo movimiento por su parte este dispararía poniendo fin a su existencia. El hombre habló, su voz sonaba grave, áspera y amenazadora. *¿Te das cuenta de lo que has hecho? —dijo él— no haces más que causar sufrimiento a las personas que te rodean y por mucho que trates de cambiarlo no puedes, es tu forma de ser, tu razón de vivir, deja de luchar por salir adelante y acepta tu destino.* Aquellas palabras la afectaron, la dejaron desvalida, desarmada. Lentamente comenzó a bajar la cabeza mientras tímidas lágrimas brotaban de sus ojos recorriendo sus mejillas, hasta convertirse en un torrente imparable.

Súbitamente, un estruendo rompió el silencio. Ángela sintió un rayo en sus entrañas, una mueca de dolor se dibujó en su cara mientras de su camiseta comenzaba a dibujarse una mancha color carmesí que iba creciendo lentamente. Sentía que la vida se le escapaba a cada instante y por más que trataba de aferrarse a ella, ya era imposible. En el fondo de su ser ella sabía que se había renegado su derecho a vivir y se sentía culpable por ello. Su vista comenzó a nublarse, todo era frío, borroso mientras una corriente helada invadía sus entrañas, cerró los ojos y cayó mientras recordaba a todas las personas que habían formado parte de su vida, que siempre la habían apoyado, que hubieran dado todo por ella y en ese preciso instante, sintió vergüenza por haberlas dado la espalda, pero ya era demasiado tarde, todo se tornó en negro.

En la realidad, una chica, de unos veinticinco años, rubia, que llevaba un año y medio ingresada en un hospital por un coma tras un accidente moría. El monitor de signos vitales al que estaba conectada producía un pitido continuo, los médicos entraban corriendo en la sala y una señora sentada en una silla pegada a la cama donde se encontraba la chica lloraba, estaba agarrada a su mano, rogando porque no la abandonara, que no la dejara sola, sentía un vacío inmenso dentro de ella. Ángela había fallecido.